

DISCURSO DE RECEPCION

Por EDUARDO SANTOS

Señores académicos:

Ilusión tan ingenua como ardiente de mis primeros años fue la de consagrarme a las letras, hasta hacer de ellas el objeto de todos mis esfuerzos y la meta de mis aspiraciones. Lector infatigable y omnívoro, pasé mi infancia y juventud entre los libros, que fueron para mí, por mucho tiempo, ocupación preferente y pasión dominante. Para satisfacerla, todo era favorable en el ambiente provincial y tranquilo de la Bogotá anterior al centenario. En esa ciudad silenciosa y apacible, sin tráfico, y sin diversiones, encerrada en el marco de sus montañas y cuyo aislamiento se compensaba tan sólo por sus tradiciones de cultura, sólo en la lectura podía encontrar un espíritu curioso e inquieto la satisfacción de su anhelo. Aquellas lecturas desordenadas, cuya falta de método hoy me horroriza y cuya cantidad me asombra, iban de vez en cuando acompañadas de ensayos bien poco afortunados, de una tenaz participación en concursos literarios, sin que me desalentara el no menos tenaz y más justificado insuceso.

Si mis sueños infantiles se hubieran realizado, y fuera yo lo que entonces deseaba ser, quizá mi presencia entre vosotros y vuestra elección, que tanto me honra, tendrían el fundamento de que hoy carecen. Pero la vida me llevó por caminos distintos del de las puras disciplinas literarias. Si hizo de este vuestro nuevo colega un escritor y un orador, no fue en los campos del humanismo auténtico, en donde se destacaron airoosamente mis predecesores en esta silla, no fue en el culto reverente y cuidadoso de las bellas letras, sino en el afanoso bregar del periodismo y de la tribuna parlamentaria y política. Por más de veinticinco años fue la pluma mi exclusiva ocupación, pero tuve en ella un instrumento de labor, de constante trabajo diario, inevitablemente rudo y descuidado, con miras siempre a la acción, eficaz sin duda y resonante, pero que, en mi caso, no podría presentarse como título suficiente para la Academia. Y tampoco como orador podría aspirar a sentarme entre vosotros, porque también en esa materia la obra que debía realizar, de caracteres muchas veces urgentes, me ha impedido pensar demasiado en la forma, me ha privado del tiempo necesario para pulir el estilo, obligándome a concentrar todas mis fuerzas en la acción que por medio de la palabra me era preciso realizar.

No tendría pues justificación plena mi presencia entre vosotros, si no fuese porque al igual de la ilustre corporación que a orillas del Sena encarna uno de los más radiantes focos de la inteligencia humana, queréis traer a vuestra compañía, no sólo a quienes en el cultivo afortunado de la literatura descuellan como maestros en el estilo, o a quienes en la poesía, en la crítica, en la novela o en la oratoria se revelan artífices consumados del idioma, sino también a cuantos en la vida nacional se destacan, por benevolencia de sus compatriotas o por méritos propios, contribuyendo a formar la fisonomía patria. La nación colombiana ha querido cubrir la modestia del periodista y del parlamentario con el título excelso de primer magistrado de la república. Y vosotros, con el más alto y noble criterio, habéis tenido todo esto en cuenta al otorgarme el lauro académico. Yo siento que ello es así, pero permitidme que os diga que mi agradecimiento personal por la elección de que he sido objeto es tan hondo como sincero, y que aprecio como insigne honor el privilegio de sentarme entre vosotros. Y recordando, con emoción y hasta con no injustificado orgullo, esta mi profesión de periodista, que he ejercido, ya que no con el brillo y la gloria de otros egregios capitanes de la prensa, al menos con una intensidad y constancia quizás no superadas en Colombia, permitidme también que asocie a los periodistas colombianos a este grande honor que se rinde a uno de ellos.

Bien hubiera querido yo que por lo menos a esta solemnidad académica me fuera dado presentarme con un trabajo cuidadosamente elaborado que os mostrara siquiera el respeto que a la Academia profeso y mi anhelo de sentirme digno de los escritores que aquí se sientan. Pero llego aquí en horas para mí de abrumador trabajo y de intensa preocupación, y mi condición de periodista se ha impuesto una vez más y me ha obligado a improvisar este discurso, que debiera presentarse como obra esmerada y no podrá ser sino apenas hilvanada y presurosa expresión de unas cuantas ideas. Para aumentar mi confusión, y como si se quisiera establecer rudo contraste, para mí muy desfavorable, en la silla que hoy ocupo me precedieron dos insignes prosadores, ambos humanistas auténticos, cultivadores refinados del idioma castellano, estilistas de una pulcritud y un casticismo ante los cuales se ruboriza y confunde mi prosa de obrero acosado siempre por los afanes de la lucha o del diario deber. Quizás habéis dado hasta una discreta lección del espíritu democrático que todo lo anima en Colombia, y que no está ausente siquiera de los salones académicos, al hacer que reemplace a dos nobles señores del buen decir, del cultivo afortunado e intenso de las letras clásicas, un jornalero de la prensa que, con armas más toscas y en forma más ruda, también ha librado, como ellos libraron, un fervoroso combate por las cosas del espíritu y por los fueros de la cultura.

Pláceme recordar ahora a don Diego Rafael de Guzmán, antecesor mío y de don Luis María Mora en esta silla, y justamente tratado por don Antonio Gómez Restrepo de "archivo del castizo decir" y por don José Joaquín Casas de "paladín armado de todas armas, pronto a entrar en liza por el honor e integridad de la lengua caste-

llana". Conocí desde cuando yo era niño al señor De Guzmán; fuimos por muchos años vecinos, en las gratas épocas en que la vecindad creaba lazos de estrechas relaciones, y evoco con íntimo cariño su noble figura llena de encanto. Mi casa paterna se encontraba frente de la suya, en la calle que queda "pasando el teatro", según las pintorescas y antiguas señas bogotanas, en uno de los barrios altos admirablemente descritos por Luis María Mora, de ambiente tan señorial y sereno. Hablista consumado, conocía el señor De Guzmán, quizá como no ha conocido nadie mejor en Colombia, todas las intimidades de las letras castellanas, y la gramática no tenía para él secretos; pero el fondo de su recia personalidad lo constituía una originalidad desconcertante que le permitía las más extraordinarias reacciones intelectuales. Vinculado por medio siglo de constante estudio a la literatura clásica española, en sus últimos años se apasionó por el teatro moderno francés, y se deleitaba como el más fino conocedor en las obras que entonces constituían el encanto del público parisiense. Era simplemente maravilloso ver cómo sabía él apreciar sus matices, sentir su gracia vaporosa con tanta penetración y delicadeza como cualquier crítico del bulevar. Será difícil encontrar un caso más raro de adaptación, de capacidad para apreciar la gracia y el sentido de lo moderno, que la de ese hombre de letras que no conoció más cielos que los de su patria, ni vivió lejos de nuestros amados cerros protectores, y que había pasado lustros enteros asimilando viejos autores forrados en pergamino. El señor De Guzmán esta noche me habría visto aquí, con sorpresa quizás, pero seguramente con hondo cariño. Evocando charlas que no olvido, habría fácilmente perdonado mi desaliñado estilo, porque sabía que no se aprende a dominarlo sobre las precipitadas cuartillas del periodista, pero sí hubiera deseado fuera yo capaz de pronunciar aquí uno de esos alados discursos que se oyen bajo la cúpula áurea, y que él en sus últimos años paladeaba con la misma delectación que llevaba refinadamente al arte de la gastronomía otro ilustre letrado y profesor, otro de los que en esta ciudad han hecho grato y prestigioso su ilustre apellido.

Según vuestras tradiciones me correspondería hacer el elogio de mi predecesor inmediato, don Luis María Mora, pero tendrá ello que ser obra de un escritor capacitado por sus disciplinas intelectuales para juzgar como es debido la obra de ese consumado humanista, y que disponga del tiempo necesario para trazar su inconfundible figura y analizar sus obras. El sí que era digno de suceder a don Diego Rafael de Guzmán, porque no le cedía el paso en sus conocimientos de gramática ni en el dominio de las literaturas clásicas.

Seductora figura la de ese escritor que sus amigos, con cariñosa intimidad, llamábamos "Moratín". Nada en la vida le fue extraño o ajeno. Su culto fervoroso de los libros no le impidió ser honda y francamente humano, y conocer la vida directamente con todo lo que ella tiene de triste y alegre, de real y de ideal, de tumultuoso y de apacible. Hay algo que me une a él, y es el amor a la imprenta. En una imprenta empezó Luis María Mora a trabajar, y en una imprenta forjé yo todo lo que es mi vida. El culto de las letras lo aprendió

él entre las prensas y las cajas, y ya al fin de sus días, recordando las horas pasadas a su lado, quiso rendir a sus compañeros de trabajo un emocionante homenaje, al que quiero asociarme. "Es admirable, dice, la abnegación con que trabajan los hijos de Gutenberg en todo el mundo. Son esos humildes obreros de la civilización los únicos intermediarios entre el escritor y el público. El pensamiento que mañana ha de cambiar la faz de un pueblo, o aniquilar una ignominia, o fundar una creencia, o precipitar al hombre en sombríos abismos, pasa antes por su inteligencia, sus ojos, su corazón y sus dedos; y luego, en las limpias y hermosas páginas a que ellos dieron forma y vida, cruza de un extremo a otro la tierra. Muchas veces, a tiempo en que los tipos van con suave ruido de las cajas al componedor, las miradas del impresor brillan de indignación al influjo de las frases que va entretejiendo, o siente que las lágrimas acuden a sus pupilas."

El biógrafo y crítico de Luis María Mora tendrá amplio tema para su estudio en la varias obras de mi ilustre predecesor: en sus versos, de pura inspiración clásica, recopilados en el volumen titulado con exactitud *Arpa de cinco cuerdas*; en su libro, tan sentido y completo, sobre *El alma nacional*; en sus discursos académicos; en su extensa labor de profesor, de gramático y de humanista. Yo quiero detenerme tan sólo en el pequeño libro que él publicara poco antes de su muerte, hace apenas dos años, verdadera joya de nuestra literatura y de nuestra tierra. *Croniquillas de mi ciudad* es para mí la obra por excelencia de Luis María Mora, y uno de los libros más encantadores que en Colombia se hayan escrito. En el futuro desaparecerán de él ciertos ligeros apuntes críticos, ciertas duras páginas personales inspiradas tan sólo en pasajeros incidentes de actualidad, que él juzgó con la pasión propia de su carácter, y quedarán tan sólo esos cinco capítulos magistrales en que evoca su infancia y su juventud y fija para siempre ciertos aspectos de Bogotá. Los famosos cuadros de costumbres de la segunda mitad del siglo XIX adolecen de evidente descuido, de excesiva familiaridad, que a medida que pasan los años les va restando valor literario y reduciéndolos en gran parte a mera documentación. Las *Croniquillas* de Luis María Mora están escritas en prosa tan esbelta, que han de tomar carta de naturaleza en la vida misma de Bogotá y decorar su historia, a la manera de esos asombrosos cuadros de los pequeños maestros holandeses que eternizan momentos de la vida diaria con una aparente sencillez que es la última palabra del arte. Luis María Mora evoca hechos vividos por los hombres de ayer con todo el fervoroso entusiasmo que en las cosas infantiles se pone; evoca tantas cosas que ya no existen: el arte de elevar las cometas en el llano de Belén; los juegos infantiles de otros tiempos; los paseos a la Aguanueva; el inolvidable alquiler de un cerezo; las luchas de muchachos en la Media Torta, en el Chorro de Padilla y en la plazoleta de Egipto; todo aquello parece insignificante pero es la vida, la vida en una de sus épocas más intensas e inolvidables. Cuando se han leído esas páginas, quedan ellas siempre vibrando en un rincón sagrado de la memoria, y comparte uno, agradecido, el concepto con que "Moratín" defendía tales escritos suyos:

“Que cuenten otras cosas de más gusto y enjundia. A mí me placen más estas fáciles églogas, queridas a mi corazón, ahora que torno los ojos a mis primeros años.”

Casi todo en ese breve libro de Luis María Mora es admirable, porque como él había sido hombre de variadas andanzas, pudo revivir toda la vida bogotana de fin de siglo, transmitirnos su encanto pintoresco y hacernos sentir su adorable perfume. Al impulso de la vida va transformándose nuestra ciudad con rapidez vertiginosa. En los días del centenario de la independencia desapareció esa Bogotá que evoca Luis María Mora, nacida en los últimos días de la Federación, para morir con la iniciación del cinematógrafo y del automóvil, como está desapareciendo en estos días del iv centenario la Bogotá intermedia de los últimos treinta años.

Sobre aquella de su juventud y de mi niñez traza Luis María Mora páginas que no han de morir, en las cuales la documentación exacta queda realizada por una prosa escultural; páginas llenas de vida, unas nostálgicas y melancólicas, otras apasionadas y vibrantes, todas del más intenso colorido. Como la política era parte inmensa de la vida en esas épocas, a ella dedica párrafos vengadores, de noble y cálida pasión, en que recuerda la tragedia de un presidente mártir. Espero que no toméis a subconsciente reacción interesada mi admiración por esas páginas en que Luis María Mora rinde homenaje al doctor Sanclemente y traza la noble figura de aquel anciano que en la extrema senectud tuvo un recio despertar de energías juveniles y de heroicos arrestos para defender en su persona los fueros de una legítima autoridad atropellada y la dignidad de una posición que debe siempre mantenerse en alto, cualquiera que sea el sacrificio que ello implique.

Surge también de esa Bogotá que Luis María Mora recuerda, aquella bohemia literaria que hubo de reunirse en torno de la *Gruta Simbólica*. Bohemia ennoblecida por permanente y conmovido amor de la literatura y en que todo lo hacían perdonar la gracia, la espiritualidad y el desinterés. Bohemia casi inocente en sus entusiasmos dionisiacos, que no estaba manchada por el horror sombrío de las drogas, sino iluminada por alegrías fáusticas; quizá no tan alegre como algunos la suponían, porque obedecía en parte al trágico desacuerdo entre los impulsos interiores, las íntimas aspiraciones y la miseria circundante que no permitía desplegar las alas. Y como en esa bohemia prevalecía un generoso temperamento y una limpia bondad de corazón, aquel trágico desacuerdo no se resolvía en amargos rencores ni en acres furores, sino en escapadas de la realidad, en fraternidad de amigos unidos para compartir sus alegrías con desenfadada independencia. En ese ambiente representaban Luis María Mora y su entrañable amigo Clímaco Soto Borda el buen humor. Ambos, como bogotanos auténticos, tenían cierta mezcla inconfundible de apasionamiento y de escepticismo, de ironía y de fervor, de desdén por las cosas materiales y de culto por unas cuantas fórmulas de belleza, de independencia arisca y de veneración valerosa por cosas puras que están colocadas más allá del irrespeto. Otros, dentro de esa

bohemia literaria, encarnaban, como Julio Flórez, el romanticismo baironiano, o como Alvarez Henao, cierta oscura tristeza atávica.

Tema seductor en que ojalá se detenga quien disponga de tiempo y capacidad para desarrollarlo, este de nuestras asociaciones literarias, en que ha solido encarnarse el espíritu dominante de una época. *El Mosaico* podría simbolizar cierta hora de la vida colombiana que apenas salía de las nieblas coloniales. *La Gruta Simbólica*, a su modo, sintetiza todo un momento de nuestra existencia, tiene los más variados matices y muy simpáticas características. En momentos de fiera y sangrienta división nacional fue un oasis creado por la literatura y por el buen humor, y a su sombra platicaron agudos ingenios colombianos en momentos en que, no lejos de esos paliques, reinaban la discordia y el odio. Simbólica era verdaderamente la Gruta, que mostraba cómo bajo el signo de la belleza literaria, de las aficiones intelectuales, de las preocupaciones estéticas, de la amistad generosa, pueden siempre reunirse los hombres a quienes apartan o enfrentan inconciliables intereses o estridentes pasiones.

De la lectura de las obras de Luis María Mora se desprenden para mí dos lecciones: en primer lugar, la confirmación espléndida del principio de que en literatura y en arte sólo lo natural y sencillo puede aspirar a ser duradero. Para que lo artificioso no caduque en breve, para que lo excesivamente elaborado no desaparezca como una moda que el correr de los años coloca en el campo de lo ridículo, es preciso que el genio lo decore con su prestigio sobrehumano, pero a ello no pueden aspirar sino contadísimos mortales. Los escasísimos superhombres que la humanidad ha producido a través de los siglos, quedan como fuerzas de la creación, por encima de todas las reglas. Y entre éstas sigue rigiendo, como inexcusable camino de buen éxito y de acierto, la de que en el campo literario ningún defecto supera a la hinchazón, a la afectación, a la pedantería. Nada hay tan fácil como esas páginas pomposas y vacuas que se apoyan en las muletas del arcaísmo o de la innovación presuntuosa. Deslumbran a los incautos y hacen sonreír a las personas de buen gusto. Cuando algún talento de primer orden logra aprestigiarlas, alcanzan vida efímera y éxitos pasajeros que no impiden su irremediable vejez. Y si algunas de ellas son inocentes, no lo son tanto las que más que en el baratillo literario van a inspirarse en la pedantería pseudo-sociológica, las que queriendo ponerse a la moda de estos años tempestuosos se inspiran en la técnica retumbante de la propaganda. Todo aquello, herido mortalmente con el signo de lo precario, se marchita con rapidez incontenible; del mismo modo que las flores secas van al cesto de lo inútil, las páginas rutilantes, la oratoria frondosa, las prosas detonantes o rebuscadas van cayendo en el olvido. Tal como en las corrientes de las explotaciones mineras se asienta el oro, debido a su propia densidad, mientras el agua arrastra las materias pobres, en la literatura sólo la prosa sencilla, clara, diáfana, perdura a través de los tiempos. Es la prosa que quiere decir algo y que lo dice; que busca su belleza en la íntima armonía de las palabras y no en su aparatosa sonoridad; en la exactitud de los términos y no en el oropel de

las originalidades superficiales; en la consistencia vigorosa de una arquitectura que se mantiene en pie y no simplemente en el relumbión del abalorio en la aparatosa exhibición de vocablos raros y de construcciones inesperadas; la prosa que encubre idas fuertes y es ropaje de largas meditaciones, de sentimientos hondos y sinceros, y no tan sólo mera palabrería que no podrá jamás dar vida al maniquí que la soporta. La prosa sencilla, clara, diáfana, de Luis María Mora, que por su valor auténtico es de las que no envejecen ni sufren los azares de la moda. Pudiera la Academia trabajar porque la sencillez presida el espíritu colombiano; porque nuestros escritores vuelvan a esas normas únicas, a esos caminos por donde se perdura; porque se cure del espíritu nacional la deplorable inclinación al énfasis, a la falsa elocuencia, al rebuscamiento insoportable, al exceso verbalista que muchas veces cubre la indigencia mental con la hojarasca retórica.

La otra lección que yo quisiera desprender de la vida y obra de Luis María Mora sería la de la necesidad de que nuestros escritores se vinculen a la tierra colombiana y traten de sentirla, de interpretarla y de servirla. No ha llegado la hora en que puedan nuestros hombres de letras refugiarse en torre de marfil y abstraerse del medio en que viven para seguir tan sólo el vuelo caprichoso de su fantasía. Nuestra patria, que conoce en pleno el don divino de la juventud, necesita que sigan sus poetas, sus pensadores, sus escritores, sus artistas, modelando su personalidad, definiendo su alma, infundiendo a todos los aspectos de la vida nacional el espíritu que le dé sus líneas características, su fisonomía propia inconfundible, su personalidad exclusiva. Cuando muchas obras presuntuosas hayan desaparecido, con esa desaparición total, casi misteriosa, que anonada los libros indignos de subsistir, seguirán viviendo las *Croniquillas* en que Mora fijó para siempre una época y una vida. Y seguirán viviendo, al par que por su emoción y por la calidad de su estilo, porque se hallan estrechamente ligadas a nuestra ciudad maternal. Como obra de evocación y de literatura, esas *Croniquillas*, que tendrán cada día sabor más castizo y atractivo más intenso, han de perdurar, reclamando en nuestras bibliotecas la compañía de otras obras que con ellas vayan fijando lo que es la esencia misma de Colombia, el sabor de nuestro vivir, el modo de ser de nuestra gente, el alma de nuestros paisajes.

Ya muchos de nuestros artistas han emprendido esa obra con magnífica fortuna: el señor Caro iluminó con el mejor de sus poemas el sublime y melancólico bronce de Tenerani y la gloria colombiana del Libertador, y Guillermo Valencia coronó las sienas augustas de Popayán con el laurel inmarcesible de su admirable canto; Gutiérrez González y Epifanio Mejía interpretaron las energías y ternuras de Antioquia con acentos inolvidables; Jorge Isaacs echó sobre los maravillosos paisajes del Cauca el manto regio de su incomparable poesía; Santiago Pérez Triana reflejó en su viaje *De Bogotá al Atlántico* todo el esplendor y belleza de nuestras llanuras orientales, y en sus últimos años de vida cosmopolita se recogió en Londres des-

cribiendo en cuadros inolvidables escenas domésticas de su tierra; Luis Carlos López ha aprisionado gran parte del alma costeña y de la hermosura sin par de Cartagena de Indias en poemas deliciosos, llenos de gracia picaresca, de contenida emoción cuya exquisita y vigorosa originalidad no podrá ser fácilmente superada; las agrias tierras de García Rovira, la hidalga entereza santandereana y los arrosos combativos de esa raza fuerte inspiraron páginas magistrales a Jaime Barrera Parra, escritor cuya desaparición prematura aún llo-ran las letras colombianas, y el alma tolimense encontró en José Eustasio Rivera el más genuino y hondo de sus cantores. Así podría citar muchos otros, sin olvidar a don Laureano García Ortiz, que a semejanza de aquellas abuelas nuéstras que en precioso relicario colgado al cuello llevaban piadosamente los retratos de seres amados, ha evocado en páginas que son medallones dignos de precioso marco, al Rionegro de su niñez y al Bogotá de su juventud, rindiendo así el más bello tributo que un grande escritor pueda rendir a las ciudades que lo tienen por hijo predilecto.

Pero todavía hay muchas tierras de Colombia que esperan su cantor; muchos aspectos de la vida nacional están aguardando el escritor que los fije y los anime y los ponga de relieve, como lo hacen Tomás Rueda Vargas con la Sabana de Bogotá, don José Joaquín Casas, nuestro ilustre compañero, con tantos rincones del solar patrio, y Luis López de Mesa con el conjunto de nuestra tierra, que él interpreta con perspicacia de auténtico sociólogo y con maestría de refinado artista.

Podría la Academia, con el concurso de cuantos aquí ocupamos un puesto, estimular por todos los medios el aspecto autóctono de la literatura colombiana, velar porque no se pierdan tantas páginas impresas en diarios y revistas, merecedoras de ser conservadas y difundidas para honor de nuestra cultura. A la Academia Española toca realizar las labores del diccionario general, que yo me atrevería llamar faenas afflictivas si no fuera por el justísimo temor de que mis predecesores en este sillón se levantaran de sus tumbas para anatematizarme. Nuestra Academia está llamada a trabajar tesoneramente, cada día más, por acentuar y extender el aspecto nacional de nuestras letras, por fortalecer un sano nacionalismo en la literatura colombiana, sin exageración lugareña, y sin dejar de empeñarse también en defender la pureza de nuestro idioma y en mantener para Colombia el bien ganado título de depositaria de la más genuina lengua castellana. Este es blasón que defendemos con esmero, como uno de los factores más vigorosos de la unidad nacional, como elemento de prestancia en nuestro vivir cotidiano y en nuestras actividades cívicas. Mantener para todo ello el vehículo de una lengua tan rica y sonora como la nuéstra, cuidar de ella con esmero e impedir que la desvirtúen o la envilezcan extrañas influencias o contrabandos de mal gusto, es obra buena y necesaria que merece la atención preferente no sólo de esta Academia sino de cuantos deban velar por el espíritu nacional.

Y ya que de esto hablo, permitidme que para levantar un poco esta desmañada prosa mía, cite, precisamente sobre lo que es el lenguaje, sobre lo que es la palabra, una página de mi anterior que da clara idea de su prosa y de su temperamento generoso, lleno de amor por las letras y de entusiasmo por las cosas fuertes de la vida. Hablaba el señor Mora del "admirable y portentoso signo de las ideas, objeto de los desvelos del gramático", y decía: "La palabra... Durante las diarias ocupaciones surgirá del fondo oscuro de los recuerdos, viva, ardiente, cortadora; hará su aparición un rápido momento en el espíritu, y volverá a hundirse en el turbión de nuestras sensaciones. Apenas hayamos puesto nuestra sien ardorosa en la almohoda, cuando volverá a levantarse otra vez, revolviendo todas las profundas capas de la conciencia; turbará nuestro sueño durante la noche, y terrible e implacable nos amenazará en el alba. Estas palabras suenan bajo la bóveda de nuestra cabeza como una sorda borrasca, y será preciso capitular con el cruel enemigo. Entonces se derretirá nuestro corazón en lágrimas ocultas de intensa amargura, o la ira estallará arrojando todo como las llamas de un incendio.

"¿Y qué cosa es la fama, sino una palabra de gloria o de baldón que vuela de labio en labio? Brota de súbito a veces, sin saberse por qué, de un corazón enojado, a manera de la chispa de una fragua, y despliega sus ligeras y móviles alas en todas direcciones. Sorprende al obrero en su taller, y lo turba en su trabajo; penetra en la cabaña del labriego, y le arruga la frente; se desliza en el estudio del sabio o del artista, y lo sacude con fuerza; sorprende en su tocador a la tímida doncella, y la deja pensativa; gira por todas las encrucijadas de la ciudad; sube a todas las cumbres, y desciende a las hondonadas y los valles; a dondequiera que aliente un solo hombre extiende su rápido influjo, y en un corto tiempo suele remover y agitar inmensas masas humanas.

"Se dice que el silencio es más elocuente que la palabra y que el silencio es oro, y con esto se quiere decir que la palabra oculta en el misterio del alma tiene un valor tan grande como el del precioso metal. ¿No veis cómo el poeta anda distraído de aquí para allá, mira sin ver, escucha sin oír y parece como si no tuviese nada que hacer en el mundo exterior? Es que su cráneo es una caja acústica de sonoridad perfecta en que las palabras se mueven, danzan y entrecruzan con música inefable; vibran a compás de su timbre, su tono y su ritmo incesante, y las estrofas cantan su canción insondable adentro, bien adentro de las profundidades del espíritu. El orador antes de pronunciar su discurso se ha estremecido y deleitado con las amplias cláusulas y nobles períodos que en ondas concéntricas se dilatan en su interior, y no hay palabras como las palabras que nosotros mismos nos decimos en noches de recogimiento. Leer un libro es escuchar a su autor, se ha dicho, y por eso no hay encanto alguno como el de leer en silencio, porque el libro, como el maestro de una orquesta invisible, hace que oigamos todos los movimientos de una sinfonía sin nombre."

Y aquí nos trae el autor de las estrofas a un ánfora antigua, señores académicos, a lo que en el fondo constituye el lazo de unión que por encima de todas las cosas acerca a quienes tienen la pasión de las letras: el culto de los libros, el amor a la lectura, que de tantas cosas consuela, que nos abre todas las ventanas del espíritu y no pocas puertas hacia lo infinito, que pone al alcance de nuestra pequeñez tesoros ante los cuales los de Aladino parecieran menospreciable baratija.

Recuerdo yo en estos momentos, —un recuerdo que bien os explicaréis vosotros—, aquella página bien conocida de Prevost Paradol, cuando, abrumado por las durezas de la política y por su inevitable cortejo de amarguras y desencantos, volvía los ojos a la literatura y la invocaba como único puerto seguro, como a la amada siempre fiel y siempre cariñosa, como el desquite para lo que en agrios campos se había perdido.

Rememoráis también aquella carta maravillosa de Nicolás Maquiavelo a su amigo Vettori, en que le describía la vida que por diciembre de 1513 estaba llevando en San Casiano, en hora para él de persecución y de infinita tristeza, cuando parecían fracasados sus proyectos de estadista y sus planes de patriota, y todo en torno suyo era hostil y siniestro. El inmortal florentino pasaba sus tardes en una taberna, jugando con gente tosca para distraer las horas, en un medio de ruidosa vulgaridad. Complaciase al parecer en hundirse más hondamente en el pecho el puñal que le había clavado una suerte cruel; se revolcaba en su propia miseria, pero al llegar la noche, decía, vuelvo a mi casa y me despojo de mis vestidos de aldeano, llenos de fango, y me cubro de paños reales y curiales, y con ellos revestido entro en mi biblioteca, y ya en ella busco a los egregios hombres de otros tiempos, y soy por ellos recibido amorosamente, y me nutro del único alimento que me es propio, como que para él nací, y no me atemorizo de hablar con ellos ni de preguntarles los motivos de sus acciones, y ellos con gentil cortesía me responden; y durante horas y horas no siento mortificación alguna, no siento pesadumbre alguna; alejado de todo afán, ni temo la pobreza ni me aterra la muerte, y con aquellos egregios varones plenamente vivo...

Así los libros consolaban de la vida al gran político del Renacimiento. Con ellos vivía en el pasado, y compensaba su soledad con el trato de las más grandes figuras humanas y a ellas pedía luces para penetrar en las oscuridades del porvenir.

Ese amor por las letras, que llega a ser algo como el anhelo de un refugio seguro para horas crueles, es característica de la cual no se ha apartado casi ninguno de los intelectuales a quienes la vida ha llevado a consagrarse al servicio de la patria. Hace apenas semanas una de las figuras más simpáticas de la política contemporánea, Stanley Baldwin, al inaugurar la gran biblioteca de Liverpool con un discurso encantador, elogiaba las bibliotecas como centro de indispensable alimento espiritual, que califica de celeste; las consideraba lugares mantenidos especialmente con el propósito de sostener listo el ánimo de los hombres, clara y preparada su inteligencia, y agrega-

ba: "Momentos hay en que los libros pueden considerarse como la suprema medicina; yo pasé veinte años continuos en una labor tan intensa y dura como creo que le haya tocado a pocos hombres, y ansiaba siempre la hora del descanso en que pudiera dedicarme a leer y a pensar; cuando quise hacerlo vi que ni una ni otra cosa me eran posibles, porque había dado a mi tarea hasta la última gota de mis fuerzas físicas y mentales."

Y refiere luego el estadista británico cómo, poco a poco, pudo ir tolerando la anhelada y grata medicina; cómo lentamente fue adquiriendo la tranquilidad y la fuerza indispensables para volver a recrearse en sus autores favoritos, para leer y para pensar, y para llenar así de dignidad su retiro, alimentándose del celeste alimento.

No de un pobre alimento, como el que suelen ofrecer tantos falsificadores de cultura, tantos explotadores del más grande de los inventos humanos, de esos que, al decir de mi predecesor, llenan de indignación y aún de vergüenza, no sólo a honrados tipógrafos sino quizás también a las prensas que ven así prostituida su sagrada misión. En su respuesta al discurso de recepción del señor Mora, cita don José Joaquín Casas una frase de Alejandro Manzoni que debiera esculpirse en todas las librerías: "Si el fin de las letras debiera ser divertir a esa clase de gente que no piensa sino en divertirse, sería la más frívola, la más abyecta, la última de las profesiones."

A más altas y nobles y fuertes empresas están ellas llamadas; se ejercen en el culto sereno de la belleza y en el máximo ardor de la lucha; aunan con prodigiosa armonía el arte puro y la decisiva acción fecunda. Y además, cuando la vida declina, son puerto que ofrece amparo seguro; después de deshechas borrascas, de fatigosos tedios, de dramáticos naufragios quizá, brindan el reposo necesario, y crean, con silenciosa solicitud, el ambiente propicio a la meditación y al recuerdo. Y así el amor desinteresado por las letras, que no traicionan ni engañan, puede después de una vida de brega tenaz y de constante acción, unir los días de la infancia estudiosa y los de la vejez reflexiva en la misma calma acogedora de una biblioteca, que si antes fue esperanza e ilusión, más tarde puede ser consuelo y paz.

Señores: perdonad que en lugar del discurso académico de rigor, ese discurso académico en que mis predecesores eran maestros, como lo sois tantos de vosotros, haya querido tan sólo conversar un rato en vuestra ilustre compañía. Ojalá pueda yo dentro de algunos años ser fiel asistente a vuestras reuniones, colaborar con vosotros en nobles tareas y sentir entonces que, a vuestro juicio, me hice digno, por una obra efectiva en servicio de la cultura nacional, de este puesto que hoy debo tan sólo a vuestra benevolencia, pero que por ello mismo os agradezco doblemente.